

SIGO YENDO A MISA

Es domingo y el sol de la mañana pugna por colarse entre las persianas. Se oyen unas campanas de fondo. La madre abre la puerta y dice a su hijo entregado al sueño: «¡Venga, arriba, que hay que ir a misa!». La respuesta es gutural y de no mucha conformidad. Diez minutos más tarde se repite la escena. En esta ocasión queda en el aire una pregunta que surge de bajo las mantas: «¿Por qué hay que ir a misa?». La madre, ya impaciente, responde tan breve como contundentemente: «Pues por dos razones... La primera, porque hoy es domingo... Y la segunda, ¡porque eres el cura!».

CON esta nota de humor de Timothy Radcliffe, teólogo dominico inglés, continuó la reflexión que ya inicié en el artículo publicado el mes pasado y que me atreví a titular *¿Por qué voy a misa?*

El descenso numérico de participantes en la eucaristía es una de las principales preocupaciones para el cristianismo europeo. Muchos afirman que es uno de los síntomas más evidentes que interpelan la acción evangelizadora de la Iglesia. Desde nuestras limitaciones, me pregunto muchas veces ¿podemos hacer algo?

A partir de esta inquietud, surgieron las siguientes líneas. Te las ofrezco con la intención de compartir mis motivaciones para acudir cada semana a la misa dominical. No he querido exponer «razones» ni concatenar argumentos teológicos, sencillamente porque tengo la impresión de que apenas consiguen cuestionar o movilizar a alguien. Son, claro, mis motivos, intransferibles sí, pero quizá sugerentes. Eso es lo que me gustaría. Son las respuestas que he recogido por escrito después de preguntarme: y yo, ¿por qué voy a misa? Allá van.



Voy a misa porque me gusta estar con las personas de mi comunidad, tan diferentes entre sí, con unas vidas que al saber de ellas me admiran, tan normales y tan sencillas. No las idealizo, pero tampoco, y mucho menos, las minusvaloro. Somos de edades, mentalidades y trayectorias muy contrastantes, pero admiro su fidelidad cristiana en medio de circunstancias tan cambiantes.

Les saludo, charlamos más o menos según el día, siento que confían en Jesús como yo, noto cómo rezamos y callamos unidos... Tengo un gran respeto por su propio itinerario vital y me alegro de que participen en la misma misa, con sus limitaciones, claro; y yo con las mías, desde luego.

Voy a misa porque si no voy no cambiará. Ya sé cuántas deficiencias y cuántas rutinas lastran la misa.

También sé que hay responsables eclesiales que por miedo, limitación o incluso por pereza ni llegan a plantear cómo celebrar mejor la eucaristía. También los hay que cambian las cosas sin criterio suficiente ni sentido eclesial. Pero es evidente que la misa difícilmente se celebrará mejor gracias a los que dejan de participar.

Voy a misa porque necesito llevar allí las historias de la humanidad, cercana o lejana, que me han ido llegando a lo largo de la semana.

Voy a misa porque así puedo compartir la fe con otras personas creyentes que alimentan su vitalidad cristiana casi únicamente en la celebración dominical. Es verdad que participo en otros grupos cristianos, tanto de actividad como de referencia, que me ayudan a impulsar, a refrescar y a corregir mi seguimiento cotidiano del Evangelio. ¡Qué suerte tengo!

Pero me sigo sintiendo solidario de las personas que domingo a domingo viven la eucaristía como la fuente principal para su fe. Es una forma sencilla y práctica de sentirme y hacer Iglesia. Me cura de toda tentación elitista y creo que también ellos y ellas aprecian mi participación dominical.

Voy a misa porque yendo sostengo y consolido un hábito que, inmerso en estas circunstancias socio-culturales, muy fácilmente lo perdería. Ya sé que en nuestro ambiente se valora mucho todo lo que suena a novedad, a espontaneidad, e incluso improvisación, al tiempo que tiene mala prensa lo que se refiere a costumbre o tradición. Algún autor lo denomina «erótica del cambio».

Me planteo: ¿dejaré que las modas o un ritmo de vida acelerado me «desacostumbren» de algo que sé que es bueno para mí? ¿No sabré aprovechar lo que

el hábito consciente tiene de elemento motivador de bajo coste energético para aprovecharlo cuando otros motivos están a la baja?

El ritmo semanal me ayuda a no dejarme llevar por el «ya iré otro día» o el «cuando tenga ganas...», que suelen conducir al «tres veces al año».

Voy a misa porque necesito llevar allí las historias de la humanidad, cercana o lejana, que me han ido llegando a lo largo de la semana: algunas noticias, los acontecimientos, las pequeñas o grandes tragedias, los dramas y las alegrías colectivas, los progresos

atascados y los logros en riesgo, también los desafíos de futuro de incierta resolución... Todo lo llevo conmigo a la misa. No quiero dejarlo en la puerta, porque en misa lo presento precisamente en una celebración del triunfo de la vida sobre la muerte, de la víctima sobre sus agresores, del Resucitado sobre su cruz y sobre todas las cruces.

Confirmando así cuál es la parcialidad de Dios a favor de los que sufren y lloran, y cuya obra sublime es la resurrección de Jesús. Esto no solo no me evita mi

compromiso con la dinámica del Reino, sino que me anima al anticipar en misa, sacramentalmente, lo que será el banquete definitivo en el que «los últimos serán los primeros».

Voy a misa porque me sumo al ideal de la European Sunday Alliance: que el domingo debe seguir siendo un día común libre de trabajo. Transcribo la intuición fundamental que 65 entidades de la sociedad civil, iglesias y sindicatos comparten y que yo hago mía.

Dice así: «El domingo como día de descanso semanal común está amenazado en Europa. Las compras en línea ofrecidas durante todo el día, la tendencia a la disponibilidad permanente de trabajadores debido a los dispositivos

móviles, el uso cada vez mayor del periodo de guardia en activo y la apertura de un mayor número de tiendas los domingos, especialmente en áreas turísticas, ponen en peligro no solo el domingo libre de trabajo como día común de descanso, sino también el tiempo libre común y el periodo de descanso ofreciendo un estilo de vida economicista y diluyente de la convivencia social». Espero, y así acabo, deseando que tú también lo compartas.



La eucaristía es celebración del Resucitado sobre la cruz.